

POLÍTICA Y FRIVOLIDAD EN LA ARGENTINA

Andrés Bisso

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni

*Política y frivolidad
en la Argentina de la primera mitad
del siglo XX*



Bernal, 2023

Colección Convergencia. Entre memoria y sociedad
Dirigida por Noemí Girbal-Blacha

Bisso, Andrés
Política y frivolidad en la Argentina de la primera mitad del
siglo XX / Andrés Bisso.- 1a ed.- Bernal: Universidad Nacional
de Quilmes, 2023.
238 p.; 22 x 15 cm. - (Convergencia / Noemí Girbal-Blacha)

ISBN 978-987-558-837-0

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Política. I. Título.
CDD 320.0982

Fotografía de tapa: Argentina. Archivo General de la Nación.
AGAS01 (Archivo gráfico, audiovisual y sonoro). Repositorio
gráfico. Carpeta 171. N° de inventario 12.025

© Andrés Bisso, 2023

© Universidad Nacional de Quilmes, 2023

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-837-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. FRIVOLIDADES “ELITISTAS” Y “PLEBEYAS” BAJO EL SIGNO DE LA AMPLIACIÓN POLÍTICA	33
CAPÍTULO II. LA FRIVOLIDAD INTERPELADA POR LA POLÍTICA	57
CAPÍTULO III. LA POLÍTICA INTERPELADA POR LA FRIVOLIDAD	79
CAPÍTULO IV. CONCESIONES, PRÉSTAMOS Y SERVICIOS DE LA POLÍTICA A LA FRIVOLIDAD Y VICEVERSA	109
CAPÍTULO V. EL CARNAVAL FRENTE A LA “GRAVEDAD” DEL PASADO, LA GUERRA, LA PATRIA Y LA POLÍTICA	139
CAPÍTULO VI. ¿FRÍVOLA O COMPROMETIDA? ¿DE QUÉ LADO ESTÁ LA JUVENTUD?	169
CAPÍTULO VII. LA NOTA “SIMPÁTICA” Y LA DEVALUACIÓN DE LAS MUJERES EN LA ACTUACIÓN POLÍTICA.	189
CONCLUSIÓN	213
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES.	225

PRÓLOGO

El presente libro busca analizar las relaciones que se entablaron, en la Argentina, entre las esferas de la política y de la frivolidad durante la primera mitad del siglo xx.

Aunque ambas son expresiones recurrentes de la sociabilidad humana, sus caminos han permanecido casi totalmente separados para el análisis historiográfico, en razón de que aparentan ser marcadamente contrapuestos.

Los capítulos que siguen, luego de una introducción que permitirá definir aún más el contexto y los antecedentes de la relación entre los objetos de estudio que aquí interactúan, intentarán explotar al máximo la variedad de intercambios que se permitían o se obturaban entre ambos campos de sentido.

Si la política fue casi siempre presentada con la “gravedad” pretendida por su propia discursividad de transformación de la esfera pública; la frivolidad, en cambio, ha sido encajonada en las antípodas conceptuales, bajo los más superfluos y livianos estándares de la sociabilidad “gratuita”. Lo cierto es que, en la concreta interacción de las personas que habitaron nuestro país hace un siglo, dichas áreas estuvieron lejos de permanecer “incontaminadas” y no pudieron evitarse entre ellas. Más allá de que el discurso académico ha pretendido mantener, en ocasiones, una separación “higiénica” entre ambas áreas, los cruces y préstamos de sentidos resultan evidentes. Esperamos demostrar este aserto a lo largo de las páginas que siguen.

Junto a esta presentación inicial, quisiéramos hacer una aclaración. Por fuera de años precisos que la demarquen o de períodos que la ciñan, la mención de época en el título queda limitada a advertir solamente un campo de juego bastante libre, cuyos límites nos hemos permitido saltar cuando –tal como lo hacen los perros que desesperados siguen un palo que se ha ido más allá del alambrado– se nos aparecieron antecedentes o derivaciones que se colocaban por fuera del período específico.

Cuando pensamos este aporte –que tomó la forma de libro gracias a la convocatoria de la siempre generosa doctora Noemí Girbal-Blacha para incluirlo dentro de la colección que dirige–, teníamos claro que, frente a las delimitaciones ofrecidas por la historia política “acontecimental” (por llamarla de alguna manera), la dinámica que se nos presentaba al tener

que lidiar con una categoría esquivada como *frivolidad* difícilmente podría deparar fronteras tajantes. De allí, la “liberalidad” cronológica y geográfica de varios de los epígrafes que hemos utilizado para comenzar capítulos o secciones.

Precisamente, en razón de la complejidad en que se estructuran las temporalidades múltiples relevadas, intentaremos evitar la caída en formas “arquetípicas” acerca de la frivolidad y la política, y procuraremos no dar por sentados previamente los dominios asignados a cada una de estas esferas. Remedando, en lo que la flagrante humildad de esta contribución lo permita, las intuiciones de la *Historia nocturna* de Carlo Ginzburg, suscribimos que también, en el caso de nuestra investigación, “el objeto de esta no nos viene dado, sino que debe ser reconstruido a partir de afinidades formales; su significado no es transparente, sino que debe ser descifrado por medio del examen del contexto, o mejor, de los contextos pertinentes”.¹

El carnaval, el sainete, el humor gráfico, los simbolismos del vestir y del disfrazarse, las menciones encomiásticas o burlonas sobre la apariencia física, el juego, los banquetes con sus comilonas y otras varias formas de “pasar el tiempo” que se han construido sedimentariamente a lo largo del tiempo desafiarán, sobre el paño de la primera mitad del siglo XX, el ritmo y las lógicas de otra actividad también aparentemente “perdida” en los orígenes de la vida en común y sometida a una constante redefinición: la política.

En ese sentido, debemos mencionar que este libro resulta deudor de las precisiones que nos han ido reclamando nuestros propios trabajos previos relacionados con los intercambios entre sociabilidad y política. En dichas investigaciones, la cuestión de la frivolidad, aunque rondaba constantemente el plano de la sociabilidad, no terminaba nunca de solaparse del todo con este y mantenía un núcleo con ciertas lógicas propias, ya que su acción no siempre resultaba “colectiva” (pensemos en el hecho “solitario” de redactar un sainete humorístico o una nota de moda) y tampoco podía adherirse *per se* o programáticamente a cualquier hecho que supusiera un intercambio sociable.

Asimismo, la forma de liviana “irrupción” de lo frívolo en diversos eventos en los cuales su presencia parecía no ser “necesaria”, además de producir una tensión inesperada, demostraba lo imposible que resultaba fijar un patrón de aparición de la expresión o la conducta frívola según una taxonomía de experiencias de sociabilidad previas.

Esta “irrupción” puede verse incluso en instancias tan “serias” como los relatos de guerra, donde los comentarios acerca de la apariencia física se

¹ Ginzburg, Carlo, *Historia Nocturna. Las raíces antropológicas del relato*, Barcelona, Península, 2003 [1989], p. 502.

dejan mostrar, a pesar de que el propio narrador haya procurado transitar sin desviaciones el registro dramático, épico y declamativo. Así, por ejemplo, al leer el diario de la participación de la capitana Mika Feldman en la Guerra Civil española, podemos ver que la autora no dejó de consignar, en el comentario a la presentación de una nueva miliciana en la columna que ella misma dirigía, el siguiente intercambio:

—Me llamo Manuela.

—Manolita la Fea —rectifica bajito Paco, pero la muchacha lo ha oído y con su voz tan bonita replica.

—Sí, la Fea. Paco me conoce bien. Hemos crecido en el mismo barrio, en Carabanchel. Soy de la columna “Pasionaria”.²

Casi a renglón seguido, el relato de Mika reivindicaría la reacción de esta miliciana, quien a pesar de no haberse rebelado en el comentario sobre su “fealdad” (asumida con “naturalidad”), no dudaba en presentar el rol protagónico que les cabía a las mujeres en la lucha, al señalar: “Yo no he venido al frente para morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano”,³ lo que provocaría dentro de la parte masculina, parcialmente ganada “por la gracia de su habla castiza”,⁴ la entusiasta aprobación de su deseo de combatir, a través del grito de “Olé tu madre”.⁵

Creemos que este simple ejemplo de convivencia polifónica de las voces de bélica gravedad y reivindicación feminista junto con las livianas tradiciones de interpelación estética y gritos colectivos de raíz folklórica debería ser interpretado en su operatividad sistémica construida “en el momento” o, para usar otro oxímoron, en su “estructuralidad efímera”, en lugar de verlo como una simple polarización entre cuestiones juzgadas como principales (la decisión feminista de la miliciana) y otras entendidas como accesorias (la consideración de su “fealdad”).

Solamente a través de un análisis relacional empírico y detenido de cómo las conductas de los actores afectan los discursos y las prácticas de cada uno de ellos, según un cúmulo de experiencias individuales y colectivas previas que los limitan y a la vez les facilitan ciertos caminos sobre otros, es que consideramos que deben ser entendidos los diálogos entre “gravedad” y “livianidad” (o, si se quiere, entre “política” y “frivolidad”). Es decir, analizados

² Etchebéhère [Feldman], Mika, *Mi guerra de España*, Barcelona, Alikornio, 2003 [1975], p. 73.

³ *Ibid.*, p. 74.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

con la predisposición del músico que no opone de manera estática silencios y notas dentro de una partitura, sino que entiende que solamente aquellos pueden entenderse en función de su relación con estas y viceversa.

Esperamos poder evidenciar en este libro, con argumentos flexibles en relación con las fuentes que hemos indagado, la riqueza analítica que facilita la perspectiva que hemos adoptado.

INTRODUCCIÓN

Encontré a la duquesa con expresión preocupada. Como era bastante aficionada a la política, yo creí que con ello quería mostrar su miedo a la guerra [...]. Ahora bien, al cabo de un momento, la Sra. de Guermantes, al explicar a su vez, la expresión preocupada que yo había atribuido al miedo a una declaración de guerra, dijo al Sr. de Breauté: “Dicen que Marie-Aynard quiere hacer un hueco a los Swann. Es absolutamente necesario que yo vaya mañana por la mañana a ver a Marie-Gilberte para que me ayude a impedirlo. Si no, se acabó la sociedad. El caso Dreyfus es muy bonito, pero entonces a la tendera de la esquina le bastará con declararse nacionalista y querer que, a cambio, la recibamos en casa”. Y ante aquellas palabras tan frívolas en comparación con las que esperaba, yo había sentido el asombro del lector que, al buscar en el lugar habitual de *Le Figaro* las últimas noticias de la guerra ruso-japonesa, se encuentra, en su lugar, con la lista de personas que han hecho regalos de boda a la Srta. de Montemart, pues la importancia de una boda aristocrática ha obligado a situar al final del periódico las batallas por tierra y por mar.

MARCEL PROUST, *Albertina desaparecida*.

En el fragmento recogido en el epígrafe, el protagonista de la obra de Proust se sorprende por algo: la gravedad de la expresión de la duquesa parecía no concordar, según sus previsiones, con la ligereza de la cuestión que la provocaba y que la señora de Guermantes aclararía luego. El malentendido parecía justificado: si por algo había que expresar un semblante preocupado –parecía darse por sentado en el París de comienzos del siglo XX– debía ser por cuestiones como la guerra ruso-japonesa y no por los invitados de Marie-Aynard.

Evidentemente, a diferencia del personaje al que le imponía sus palabras, Proust pensaba que no cabía suponer tal predeterminación de reacciones en las conductas humanas, y con finísima ironía, ponía en tensión –como lo haría sociológicamente a principios del siglo actual Bruno Latour, en relación con otras interacciones– los prejuicios que los “modernos” tienen –tenemos– con respecto de la delimitación de campos estrictos de incumbencia disciplinar o social; los que, a su vez, estarían formateados con grados de “seriedad” correspondientes que les serían inmanentes. Una especie de “a tal señor, tal honor”

de las esferas humanas de acción, en donde el registro de la interpretación tendría que ser transparente y literal con respecto de la acción que se analiza.

Esta situación fue cuestionada, de manera perspicazmente pionera para nuestro país, por Juan José Sebreli, en sus análisis sobre ciudades (tanto Buenos Aires como Mar del Plata), recibiendo por ello críticas, ya que “se pensaba que era superficial, cuando el objetivo era precisamente, mostrar lo significativo oculto tras la aparente insignificancia de las banalidades cotidianas”.¹

A pesar de la “novedad” que parecía significar la mirada de Sebreli para el caso argentino en la segunda mitad del siglo xx, sabemos que la potencia de explicar “seriamente” este tipo de conductas aparentemente banales ya había sido señalada –en la propia época que analizamos– por varios investigadores europeos. Uno de ellos, Norbert Elias, no dudaba en indicar que eran “precisamente esas manifestaciones aparentemente insignificantes, las que a menudo nos revelan aspectos de la estructura social y de la evaluación espiritual que aquellas otras manifestaciones [el arte, la ciencia, la economía, la política] en cambio, no nos permiten ver con claridad”.²

Lo curioso es que para el caso argentino, muchas décadas después de la publicación de Elias –por otro lado ya “adelantado” por Georg Simmel en reflexiones similares–,³ Sebreli tuviera que justificarse (en nombre de un objetivo ulteriormente “serio”) por el uso de esos registros “livianos”. En esa visión, especialmente connotada por la época en que realizó sus primeros trabajos, parecía ser el “intérprete” (en este caso, el propio Sebreli) el único capaz de darle entidad –con sus aclaraciones– a la banalidad, suponiendo así que la “frivolidad” misma no podía ser un campo productor de sentido propio con el cual interactuar en la construcción analítica. El mismo Sebreli escribiría que sin la “mediación” interpretativa, la frivolidad se agotaba por su falta de peso propio, ya que ella nunca se tomaba “el trabajo de reflexionar sobre sí misma”.⁴

¹ Sebreli, Juan José, *Buenos Aires, Vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, “Prólogo a la nueva versión”, p. 26.

² Elias, Norbert, *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011 [1939], p. 20.

³ “Se quiere reservar la denominación de sociedad solo para las interacciones duraderas, para aquellas que se han objetivado en configuraciones singulares definibles: un Estado, una familia, gremios, iglesias, clases, asociaciones en función de ciertos fines, etc. Sin embargo, aparte de estas existe una cantidad incontable de tipos de relación e interacción humanas menores y aparentemente insignificantes según los casos, que al intercalarse entre las configuraciones abarcadoras y, por así decirlo, oficiales, son las que primeramente logran constituir la sociedad tal como la conocemos”. Simmel, Georg, *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2018 [1917], pp. 31 y 32.

⁴ Sebreli, Juan José, *Mar del Plata, el ocio represivo*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, p. 12.

Pocos años después de lo dicho por Sebreli, el italiano Umberto Eco escribiría –en un balance algo menos desigual entre objeto y sujeto de reflexión– que los temas que en apariencia podían ser considerados “menores” –como la vestimenta– constituían una problemática “densa en reflexiones” y a la que había que atender “con absoluta seriedad, pues ninguna experiencia cotidiana es demasiado vil para el hombre de pensamiento, y porque ya es hora de hacer andar la filosofía además de con sus propios pies, con sus propios lomos”.⁵

Resulta así de interés preguntarse si los discursos que se enuncian deben ser analizados con el mismo tono que ellos mismos se adjudican, con uno proporcionalmente “inverso” que los tense o con uno que combine ambas perspectivas. Por nuestra parte, ensayaremos, a lo largo del libro, repensar la verticalidad de cierta interpretación sociológica impuesta sobre la vida cotidiana y las prácticas frívolas, a fin de restituirlas –de manera mediada por las fuentes analizadas y en la medida de lo posible– algo de sus voces “autónomas”.

De esta forma, nos ubicamos en sintonía con aquello que el ya mencionado Latour indicaba para otra díada igualmente compleja de análisis, y sobre la que señalaba que no parecería existir “una esfera de la Ciencia y otra de la Política mediadas por expertos que ocuparían la intersección y cumplirían la función de pasaplatos, sino una superposición de cosmogramas que debemos aprender a describir y a hacer públicos”.⁶

De una manera similar, intentaremos calibrar –a lo largo de este libro– cuánto puede decirse de las relaciones entre “frivolidad” y “política”, a través de las variadas y salpicadas fuentes que nos acerca la Argentina de la primera mitad del siglo xx, en diálogo con otras referencias posibles.

Siguiendo esa línea y retomando la temática del epígrafe, podremos encontrar que en nuestro país, como mostraba uno de los números de octubre de 1904 de la revista *PBT*, las fotos comentadas de la guerra ruso-japonesa que allí se reproducían podían convivir –al igual que en los periódicos franceses– con temáticas directamente más frívolas. Justamente, en remedo al párrafo de Proust, en la página 45 del número mencionado se publicaban las fotos de las novias de los casamientos “de la semana”, ocupando el centro de la página, en mayor tamaño, la del “enlace de la Srta. María Mercedes García, con el Sr. Manuel C. Román en la iglesia de San Nicolás”.⁷

⁵ Eco, Umberto, *La estrategia de la ilusión*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017 [1976], “El pensamiento lumbar”, p. 275.

⁶ Latour, Bruno, *Cogitamus*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 154.

⁷ *PBT*, 1 de octubre de 1904, p. 45.

De la misma manera, los temas de “gravedad” adulta podían darse en combinación con profusos espacios dedicados al público infantil, a tal punto que los propios redactores de *PBT* se encargarían de reconocer –en el interior de la página “bélica”– la posibilidad de que a sus “niños lectores que después de recrearse en otras secciones del periódico, [y] det[uvieran] su vista en estas páginas no dedicadas a ellos especialmente, [les] sorprend[ieran] quizás los hechos de la campaña”.⁸

La propia guerra, incluso, podía servir –dentro de las mismas páginas– como temática de referencia con la venta de cigarrillos, presentados, en ese caso, como pretendidas prendas de paz entre los pueblos: “Bátense en la Manchuria y bátense en Corea con redoblada furia la Rusia y el Japón [...]. Ignoran el remedio para que todo acabe [...] que fumen mi marquilla, que fumen los SOCIALES, ¡verán que pronto brilla el iris de la paz!”.⁹

Estas interrelaciones de sentidos eran una forma de aplacar la dureza bélica a través de la referencia a una cotidianidad más liviana y controlable. Esta situación sería advertida por la ensayista Victoria Ocampo en relación con una guerra posterior: “Cada mañana, cuando nos traen los diarios –es decir la guerra– al mismo tiempo que el desayuno, se produce el síncope protector. Si no nos anestesiara con esa benéfica regularidad, de la que tenemos una vaga vergüenza cuando la advertimos conscientemente, nos sería imposible pasar un trago de té o un bocado de pan”.¹⁰

⁸ *Ibid.*, p. 8. Reemplazo por grafía moderna en “á ellos”. En el resto de las citas textuales, se modernizará también la grafía en el caso de diferencias menores.

⁹ *PBT*, 8 de octubre de 1904, p. 85. Énfasis en el original. El impacto de la guerra mencionada, incluso, había dado lugar a la aparición de cigarrillos precisamente llamados Rusos-Japoneses, los que contaban con el antecedente de la marca Boers, en alusión al conflicto bélico de ultramar precedente. Además de la referencia externa, la utilidad de la adhesión o la simpatía política local como forma de vender cigarrillos se mantuvo durante todo el período analizado, como puede dar cuenta la venta de los cigarrillos Roca, Mitre, Pellegrini, Revolución (con personajes de la Unión Cívica), Radicales y Siempre Radicales (esta última con la imagen de Leandro N. Alem en la marquilla) y Unión Cívica Radical o –pasadas las décadas– de los cigarrillos Leales que producía la colectividad republicana gallega en nuestro país, como forma de apoyo al esfuerzo bélico antifranquista. Tampoco faltará la parodia política en los afiches de propaganda de la marca de cigarrillos Monterrey, donde podía verse la caricatura de Figueroa Alcorta personificado como la esposa de Roca y teniendo por sus hijos a sus ministros, o en las marquillas de Atorrantes donde se caricaturizaba a los principales dirigentes. Por todas las menciones (excepto la anteúltima en Romero, Luis Alberto, “La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina, 1936-1946”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, N° 2, 2011, p. 23) véase Buitera, Alejandro, *Pioneros del tabaco. Los fabricantes de cigarrillos en la Argentina, 1850-1920*, Bariloche, edición del autor, 2019, pp. 2 y ss.

¹⁰ Ocampo, Victoria, *Testimonios*, Buenos Aires, Sur, 1941 [1940], “Historia de mi amistad con los libros ingleses”, p. 194. En un tono similar, la misma autora había reflexionado

Cabe mencionar que mientras que para *PBT* la ruso-japonesa sería la primera guerra que debió convivir con el impacto de otras noticias que –aunque en apariencia más superficiales– lograban captar la atención de los lectores de manera más enfática, dicha situación ya tenía precedentes en revistas similares que la antecedieron. Así, para el caso de *Caras y Caretas*, lo reconocería irónicamente Eustaquio Pellicer en una de sus regulares crónicas tituladas “Sinfonía”, al comentar con respecto de la guerra anglo-bóer: “Que nos perdone Kruger [por Paul Kruger, el presidente de la República Sudafricana], pero, por el momento, necesitamos reconcentrar toda nuestra atención en el dueño de la balandra *Pepina*. Él fue quien descubrió la boa que acaba de presentarse en el Tigre, y a él está confiada la muerte o captura del ofidio”.¹¹

Sin embargo, no siempre las temáticas “profundas” y “livianas” –aunque puestas en un mismo plano de competencia de interés– se encontraban separadas y requeridas de atenciones excluyentes como lo documentaba Pellicer. En otros casos, la misma guerra anglo-bóer podía encontrarse mucho más sorprendentemente integrada dentro de un mismo discurso frívolo. Miremos, en ese sentido, la declamación evidentemente jocosa ideada en “idioma genovés” para el “Curso de 1902”, en la que podían intercalarse, sin solución de continuidad, los siguientes versos: “E aura cun cuesto verso, se despide la cumparsa, salutando cun silencio é con mucha estravaganza / Cantemo tudi in coro la nostra despedida, esperando de este modo sea toda ina alegría / E viva il carnaval, é viva la señorita, é viva il transval que é la causa favorita”.¹²

¿Qué suponía esta atropellada combinación melódica de carnaval, señoritas y “la causa del trasval” –en alusión a la defensa de la República bóer del Transvaal– en el imaginario de la cotidianidad festiva?

Como primera evidencia cabe destacar que tanto la resistencia bóer como la figura de Kruger habían sabido incorporarse cómodamente tanto en los dominios de la cotidianidad argentina, en el que abrevaban las temáticas carnavalescas, como, incluso, en el horizonte de sentido de un público como el infantil, en principio “no apto” para la gravedad bélica. Un retratista

sobre la intrincada relación entre el interés personal y los problemas colectivos: “El hombre está hecho de tal manera que es capaz de sentir el haber perdido una cacería (esas de los *week-end* ingleses) o una excursión a Capri (era mi caso), mientras una catástrofe –cuya repercusión se anuncia difícil de aquilatar– amenaza la ciudad en que vive, el país que ama, el continente en que se encuentra ese país, otros continentes quizás, y los mares, y su persona”. “Visperas de guerra” [1939], *ibid.*, p. 459.

¹¹ *Caras y Caretas*, 13 de enero de 1900, p. 16. Énfasis en el original.

¹² L. Irellor [seud. de Santiago Roller], *Cocoliche en Carnaval*, Buenos Aires, Santiago Roller, 1902, “Champuriado genovés”, p. 7.

social del Buenos Aires de principio de siglo lo señalaba de esta manera, indicando cómo el líder bóer era percibido –en especial por sus rasgos físicos– por parte de los niños porteños:

Pesado, ancho de espaldas, con barba de collar como los pescadores de los cuentos, Kruger se presentaba en unos dibujos de medio cuerpo [...]. Los muchachos no lo veíamos con excesiva confianza pero sí con lejana simpatía nacida de las conversaciones escuchadas en la mesa familiar [...] Kruger, feo y grandote, en mangas de camisa y con un fusil en las manos como vestido de etiqueta palaciega, tenía la representación ideal de aquellos hombres, habitantes de un lugar cuya ubicación en el mapa fuéranos difícil pese a las minuciosas indicaciones geográficas de papá.¹³

Como vemos, Kruger –por sus contornos físicos y sus teatrales poses de líder– podía volverse, subsidiariamente, en el medio de la batalla por la independencia de su país, un personaje carnavalesco del Buenos Aires de principios de siglo, sin necesariamente afectar las resonancias de su causa y las implicaciones antiimperialistas de esta.

Cabe preguntarse, entonces, para el caso mencionado, ¿hasta qué punto el “efecto cómico” de esta mescolanza cantada en un genovés ridiculizado diluía o no la “toma de posición” del bromista autor? Solamente detectando la interacción entre prácticas juzgadas, en principio, como contradictorias en cuanto a sus niveles de “profundidad”, y observando la larga vida y la notable amplitud de espacios en donde se expresó a lo largo del período, podremos comenzar a intentar responder una pregunta tan intrincada como aquella.

Es que, al igual que sucedía con la prensa periódica y las obras teatrales, los propios espacios de sociabilidad podían deparar esos aparentes claros-curos de sentido entre “gravedad” y la “ligereza”, los que –por otro lado– significaron un importante insumo a la ficción literaria. Pocas páginas tan antológicas, en ese sentido, como las que Manuel Gálvez destina –en una novela ubicada en los años “treinta”– a uno de sus personajes, quien explica, de la siguiente manera, su costumbre de asistir recurrentemente a los velorios:

No creas que es por las copitas y los comestibles que voy a los velorios. Es más bien por hacer un poco de sociedad, ya que no tengo otra parte en donde hacerla. Y también, te lo confesaré, por hacerme mi plataforma social y política. En los buenos velorios se conocen hombres de todos los partidos, se

¹³ González Arrilli, Bernardo, *Calle Corrientes entre Esmeralda y Suipacha*, Buenos Aires, Kraft, 1952, “Kruger”, pp. 119 y 120.

discute sobre toda clase de ideas. Uno aprende muchas cosas en los velorios. Desde que me he dedicado a asistir a estos actos sociales, no te imaginás cómo me he instruido. Prontito no más voy a estar en punto caramelo para una diputación nacional.¹⁴

En efecto, la dominancia de la charla política en el espacio fúnebre puede documentarse incluso para décadas previas. Así, María Rosa Oliver recordaría su sorpresa de niña al descubrir que “en los velorios se forman grupos en lo que hasta se ríe. Poco, verdad, porque se habla más bien de política”.¹⁵

Y, al igual que los velorios, los entierros –en especial, cuando se trataba de “grandes hombres”– serían otros espacios en los que la solemnidad del acto se intercalaba en la mirada de los cronistas con prácticas que parecían “no estar a la altura” del suceso. De esta manera, en un suelto ya anticipatorio de su aparente contradicción desde el título, “Entierros, epidemias y otras cosas divertidas”,¹⁶ el periodista Roberto Gache, describiendo las exequias del poeta Carlos Guido y Spano, célebre por su oposición a la Guerra del Paraguay, señalaba que se había hecho “de su entierro un Carnaval”¹⁷ en el que “los hombres, en tibio contacto de multitud con el otro sexo, aprovechaban para excederse”, por lo que las mujeres “protestaban de los pellizcos con grave indignación. ¡Mire que hacer esto en un entierro! [...] Todavía, si fuese en una fiesta...”¹⁸

Sin embargo, no todas estas aparentes tensiones entre prácticas frívolas y experiencias mortuorias podían ser juzgadas de la misma manera y con el mismo tono medianamente exculpatorio. Ciertamente, parecían existir, también por esos años, exteriorizaciones de sentimientos que –dadas en un contexto determinado– resultaban tan incompatibles con el sentido de lo que allí ocurría, que a pesar de la voluntad o no de quien las producía, se convertían en expresiones extemporáneas, a tal punto, que resultaban ofensivas para la sensibilidad de algunos de los involucrados en la cuestión, incluso para cronistas acostumbrados a lidiar en esos menesteres, como lo era el porteño Roberto Arlt.¹⁹

¹⁴ Gálvez, Manuel, *Hombres en soledad*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 220.

¹⁵ Oliver, María Rosa, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 79.

¹⁶ Gache, Roberto, *Glosario de la farsa urbana*, Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada “Buenos Aires” / Agencia General de Librería y Publicaciones, 1919, pp. 134-137.

¹⁷ *Ibid.*, p. 134.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Recordemos, en un tono similar al de Gache, el texto de Arlt titulado “La alegría del velorio” (10 de julio de 1930), en Scroggins, Daniel, *Las aguafuertes porteñas de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981, pp. 211-214.

En efecto, quizás nadie expresó mejor la incomodidad frente a la “prepotencia” de lo frívolo, como Arlt en su aguafuerte “He visto morir”.²⁰ Publicada el 2 de febrero de 1931, detallaría las vísperas de algo tan “grave” como el fusilamiento del militante anarquista Severino Di Giovanni, de la siguiente manera:

El condenado camina como un pato. Los pies aherrojados con una barra de hierro a las esposas que amarran las manos. Atraviesa la franja de adoquinado rústico. Algunos espectadores se ríen. ¿Zoncera? ¿Nerviosidad? ¡Quién sabe! [...] Yo estoy como borracho. Pienso en los que reían. Pienso que a la entrada de la penitenciaría debería ponerse un cartel que rezara: –Está prohibido reírse –Está prohibido concurrir con zapatos de baile.²¹

Aunque particularmente impactante por la maestría de la pluma de quien lo cuenta, con todo, la radicalidad de este ejemplo no siempre resulta fiel a otro tipo de interferencias del campo de la frivolidad en el terreno de la política, o viceversa, sostenidas por los actores históricos, de manera menos disonante. Así, tanto la utilización del formato de “campana electoral” para promover la elección de una Reina de la Belleza,²² como el uso de cintas cinematográficas “pasatistas” dentro de los actos de los partidos políticos,²³ por dar solamente dos ejemplos iniciales y en sentidos “inversos”,²⁴ dan cuenta, por igual, de la capacidad de interrelación de ambas esferas.

A pesar de que en ambas instancias, los “usuarios” de las acciones relevadas podían sentir cierto aire de “extrañeza” en el momento en que estas interacciones sucedían, era precisamente ese maridaje peculiar entre prácti-

²⁰ *Ibid.*, pp. 193 y 196.

²¹ *Ibid.*, pp. 195 y 196.

²² Así, podía verse en un suelto de la ciudad de Coronel Pringles, el consejo que se les daba a los promotores de una de las chicas participantes para el concurso de reinas local: “Usted debe influir para que los votos se manden desde ahora y no se espere a los últimos meses. Lo que se hace ahora, es cifra adelantada [sic], para cuando los demás quieran apurarse y será difícil que la alcancen”. *El Orden*, Coronel Pringles, 27 de diciembre de 1933, p. 5.

²³ En un acto de la Biblioteca Popular La Lucha del Partido Socialista, se presentaban “Dibujos y variedades cómicas”, incluyendo “El que no corre vuela” y “Bromas que embroman”. Citado en Guiamet, Javier, “Mantener vivo el legado: entre la solemnidad y el entretenimiento. El Partido Socialista ante el cincuenta aniversario de la muerte de Alberdi y Sarmiento”, en Bisso, Andrés, Emmanuel Kahan y Leandro Sessa (eds.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado*, Buenos Aires, Ceraunia, 2014, p. 99.

²⁴ Muchos otros ejemplos, en dicho sentido, pueden encontrarse ya en nuestro libro: *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses*, Buenos Aires, cedinci / Editorial Buenos Libros, 2009.

cas y sentidos lo que –en ocasiones– resultaba particularmente estimulante y movilizador para estos. Esa intersección entre compromiso político y reunión de figuración social sería ironizada por María Rosa Oliver, a partir de su propia experiencia como partícipe de una manifestación contra la dictadura de 1943:

Ya hay concurrencia, y muy selecta por cierto: solo con anotar los nombres y apellidos de los presentes una cronista social se ganaría el día. Desde que, de chica, fui al Corso de las Flores, no he visto desfilar tal cantidad de mujeres jóvenes, bonitas, elegantes. [...] Uno de los manifestantes dice:] No falta nadie. ¡Ni en el premio Carlos Pellegrini! Nada desluce esta brillante reunión mundana.²⁵

Pero incluso, en instancias trágicas en las que se jugaba “la vida o la muerte”, el ejercicio de la frivolidad condenado por Arlt en el caso de Di Giovanni, podía volverse –en vez de contraproducente– altamente estimado como herramienta política destinada a destrabar decisiones de consecuencias graves. Así lo recordaba en sus memorias, que son un constante pendular entre frivolidad, arte y política,²⁶ la estrella de la declamación de esos años, Berta Singerman, en relación con una visita al Ecuador, al mencionar su “intervención en la salvación de casi trescientas familias judías” que buscaron refugio en el país sudamericano.²⁷

Sin falsa modestia, Singerman indicaría cómo pudo convertir en capital político, su capacidad de influencia en Ecuador, donde su “triumfo” allí como declamadora era “comparable a esos fenómenos que se producen

²⁵ Oliver, María Rosa, *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, 1981, p. 337.

²⁶ Entre varias anécdotas de tono similar que se extienden a lo largo del libro, Singerman recordaría su entonación de una versión de *La cucaracha*, hecha por Córdova Iturburu, durante un banquete por la celebración de la “liberación de París”, y que rezaba: “Los pobres nazis, los pobres nazis, ya no pueden caminar...”. Singerman señalaría que había decidido “acaudillar” al coro de comensales que estaban en su mesa, y a los pocos minutos “toda la sala” coreaba la canción, frente a la reacción de la “señoras de la mesa de la Comisión Directiva” de la Junta de la Victoria, encargadas de la organización del evento, que “estaban pálidas, asustadas, con temor de que acabáramos todos en la comisaría”. Singerman, Berta, *Mis dos vidas*, Buenos Aires, Tres tiempos, 1981, “La liberación de París”, p. 115. Esta práctica de combinar canciones pasatistas con alegatos antifascistas se repetirá frondosamente en los ámbitos de la juventud de la “Resistencia democrática”, como recordaría Alicia Jurado, para el caso de la siguiente letra que debía ser entonada con la música de *Los tres alpinos*: “Somos los oligarcas, pitucos con gomina, ¡a ía rataplán, pitucos con gomina. ¡Pero ningún tirano nos domina! ¡A, ía, rataplán, ¡Ninguno nos domina!”. Jurado, Alicia, *El descubrimiento del mundo*, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 224.

²⁷ Singerman, B., *op. cit.*, “Ecuador y salvación de trescientas familias”, pp. 181-185.

en Estados Unidos y en otras partes con cantantes que provocan histerias masivas”.²⁸

En aquel país, entre las múltiples reuniones a las que asistiría en su calidad de “diva” de la declamación, Singerman había conocido al jefe de Estado, el general Alberto Enríquez Gallo. Con él entabló una conversación que derivó luego en una “relación amistosa y cordial” que facultó –según el recuerdo de la actriz–²⁹ a solicitarle por carta, posteriormente, la revocación del decreto de expulsión de 300 familias judías que el mencionado jefe de Estado había firmado en Quito a ese fin.

Recordando su acción, Singerman expresaría que toda la situación había sido “cosa del azar”, relatando el hecho de la siguiente manera: “Se dio la casualidad de que yo hubiera hablado con cierto entusiasmo de Henríquez [sic] y ello me permitió, cuando aconteció lo del decreto de expulsión, tener acceso a él para poder solicitarle que derogara ese decreto”.³⁰

Vemos a través de esta narración, la forma en que una “liviana” charla de cortesía, que una declamadora nacida en Minsk y criada en Argentina tuvo con el entonces jefe de Estado ecuatoriano, había derivado en un contundente acto político y humanitario que había salvado, probablemente, la vida de decenas de familias, evitando su deportación.

Podemos notar, entonces, que frente a lo que pudiera suponer un prejuicio de solemnidad, no se hablaba efectivamente “de política” solo en los ámbitos privilegiados formalmente para hacerlo. En contrario, incluso, puede sorprender que aquellos lugares que por sus características presupuestas parecerían particularmente destinados (o al menos propensos) para ejercer la discusión política, podían evadirla o simplemente ignorarla.

Como Alicia Jurado nos lo señala en sus memorias, por ejemplo, el ámbito universitario –al que podría considerarse canónicamente una instancia particularmente “politizada”– no resultaba –al menos antes golpe militar de 1943 y para ciertas facultades– un lugar en el que necesariamente se sintiese la necesidad de hablar de esa temática. En cambio, algunas personas encontraban esos espacios privilegiados de debate político en las reuniones sociales o familiares. Así, en torno a las polémicas creadas por la Segunda Guerra Mundial en nuestro país, la propia Jurado recordaría:

Era rarísimo que [entre los estudiantes universitarios] habláramos de política antes de la revolución de 1943; en cuanto a las enconadas discusiones

²⁸ *Ibid.*, p. 182.

²⁹ Este recuerdo puede validarse, además, por el texto de Weiser, Benno, “Ecuador: Eight Years on Ararat: The Story of a South American Haven”, *Commentary*, junio de 1947. Disponible en <<https://bit.ly/3vYhPnY>>.

³⁰ Singerman, B., *op. cit.*, p. 185.

sobre la Segunda Guerra Mundial, entre aliadófilos y germanófilos, tenían lugar para mí en las reuniones sociales, en las que no faltaba algún nacionalista admirador de Hitler.³¹

De esta manera, podemos encontrar que era en dichos ámbitos pedestres en donde se conformaba, tal como lo definía Proust en torno al *affaire* Dreyfus: “un placer mundano compuesto de tal modo, que su degustación saciase las curiosidades políticas y satisficiera la necesidad de comentar entre sí los incidentes leídos en los periódicos”.³²

Con todo, la situación señalada por Jurado parece haberse transformado de forma rápida, precisamente con el clima producido luego del golpe militar que llevó efímeramente a Arturo Rawson a la jefatura de Estado. Esto demostró que los espacios de sociabilidad donde puede “anidar” la política resultan cambiantes, también, según la dinámica histórica.

Sin embargo, una vez sucedida la innovación, resultaba fácil pensarla desde la naturalización. En 1945, Mario Justo López no dudaba en hacer sinónimos aquellos intereses que unos años antes –al menos en las aulas de “Naturales” frecuentadas por Jurado– no parecían tan claramente emparentados, al decir: “Hacer política, para nosotros, es cumplir con un deber inexcusable; con el deber que nos impone categóricamente nuestro título universitario”.³³

Por otra parte, las formas con que se comunicaban o tabicaban –en tiempo o espacio– las diversas esferas de sociabilidad, también demostraban la flexibilidad con que los actores podían conjugar sus pasiones. De allí que, a partir de determinada gestión de las áreas en que se situaban, la propia experiencia terminaba siendo la que dotaba de mayor o menor eficacia a las posibilidades de interrelación que ellas portaban implícitamente.

Por otro lado, son los diferentes actores históricos los que deciden –en cada momento– las actitudes que toman ante un mismo evento, que encierra varios sentidos y posibilidades, a partir del “paraguas” que le da su título formal. Pocos casos resultan tan claros, en ese sentido, para la época que indagamos, como aquellas instancias definidas con el título de “Fiestas Patrias”. Si tomamos un ejemplo de ellas, veremos que lo que para el organizador del acto del 25 de mayo significaba la realización de un “sello indeleble de argentinidad, de hermandad americana, de respeto a los pueblos y naciones todas”;³⁴ para otros “usuarios”, la convocatoria

³¹ Jurado, A., *op. cit.*, p. 183.

³² Proust, Marcel, *El tiempo recobrado*, Buenos Aires, Debolsillo, 2010 [1927], pp. 44 y 45.

³³ *La Prensa*, 13 de diciembre de 1945, p. 11.

³⁴ Fernández, Demetrio, *La escuela patagónica. Reminiscencias de un maestro, 1914-1946*, estudio preliminar de Liliana E. Pérez Rawson, Secretaría de Cultura de Chubut, 2012, p. 62.

permitía la posibilidad de “llegar al boliche y apagar su sed, con dos o tres ‘cañas dobles’”.³⁵

Esta situación de gerenciamiento de esferas diferentes sobre un mismo espacio sería ya reconocida de forma ficcional en los años treinta, en una obra de Roberto Mariani. En uno de sus diálogos se presentaba una panorámica de posibles espacios combinados (aunque en este caso, permeablemente tabicados) de intercambio social y político en nuestro país.

—¿Por qué no viene usted a casa? Es usted un oso [...]. Con la sola excepción de las noches de retreta, hacemos tertulia en casa siempre.

—¿Quiénes suelen concurrir?

—Siempre hay amigos, míos y de papá, pero siempre hay más hombres y políticos.

—¿Política?

—¿Lo dice desdenosamente? ¡Pero si es el placer de papá! Además, solo se habla de política en el despacho de papá, pero en la sala se hace música, se cuentan chismes y se comentan sucesos.³⁶

Resulta entonces, muy interesante destacar cómo ambos autores, Proust y Mariani, “anticipan” en sus obras ficcionales de las primeras décadas de siglo XX, algunas afirmaciones que la historiografía sostendría –con palabras de sentido muy similar– muchas décadas después, a la luz de las investigaciones de Agulhon. El mencionado investigador francés diría, a partir de sus estudios, que “inevitablemente veremos a la política utilizar estructuras tomadas de la sociabilidad, y a la sociabilidad, a la inversa, siempre proclive a colorearse de política”, dando para corroborar dicha asección, el ejemplo del “círculo”, como un lugar donde “se puede hablar de política y jugar por dinero”.³⁷

Es interesante pensar dicha idea para el caso del “Círculo de Armas” argentino. Dejando de lado la mención a las “apuestas”, ese espacio sería reivindicado benévolamente, por uno de sus miembros, precisamente por su condición de espacio de confluencia. Sobre esta resaltada característica se subrayaba que a partir de 1890 cuando “los protagonistas de la revolución, de uno y del otro bando, frecuentaban sus salones”,³⁸ la consigna aprendida por las “sucesivas generaciones de socios” era que “las rivalidades políticas

³⁵ *Ibid.*, p. 61.

³⁶ Mariani, Roberto, “Culpas ajenas...”, *Obra completa*, estudio preliminar de Ana Ojeda y Rocco Carbone, Buenos Aires, El 8vo. Loco ediciones, 2008, t. 1, p. 110.

³⁷ Agulhon, Maurice, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1997], pp. 123 y 120 respectivamente.

³⁸ Zorraquín Becú, Ricardo, “La revolución del 90”, en AA.VV., *Cuatro revoluciones argentinas*, Buenos Aires, Club Nicolás Avellaneda, 1960, p. 13.

no deben transformar a los hombres en enconados enemigos y que la cortesía del espíritu se llama tolerancia”.³⁹

Sin embargo, por fuera de esa visión multipartidaria, el mismo lugar podía adoptar cerradas lealtades políticas. Pensemos que luego el “Círculo” sería definido como el lugar que más recurrentemente elegirían para complotar los participantes del golpe de Estado de 1930 y se embanderaría de tal manera en su apoyo como para ser descrito como un “Club de los Genuflexos” debido a que cuando aparecía Uriburu “o algunos ministros, le forman la corte y se desesperan a ver cuál adula mejor”.⁴⁰ Vemos, con todo, que más allá del tono con que se lo definiera, en ambos casos, la imbricación entre política y relaciones personales al interior de ese espacio se volvía evidente.

La política bonaerense, asimismo, más allá de las referencias literarias e historiográficas, y descentrada de los círculos de élite, reconocería la necesidad de construir esos espacios múltiples que, definidos desde la iniciativa partidaria, procuraban unificar intereses diversos. Así, los socialistas de Baradero, anunciarían, desde su diario *La Democracia*, la creación de un “Ateneo Juvenil”, que sería “a la vez que un organismo cultural, un centro de grato esparcimiento”, con el objeto de alejar a las nuevas generaciones de “lugares poco edificantes” para ellas, e intentando en cambio, conducir a que los jóvenes se reunieran “en franca camaradería y que ilustrándose, pasen momentos agradables”.⁴¹

En otras experiencias obreras, la política era valorada precisamente como una actividad previsiblemente organizada para combatir el ocio y, por ello, capaz de suplantar las diversiones esporádicas que estaban a disposición para un trabajador de ciertas zonas en esos años:

Encontramos [en la militancia política], además, una manera de emplear el tiempo libre, que hasta entonces dedicábamos a pasarlo en el boliche del barrio, si teníamos dinero, y si no, en el propio rancho o pescando en las barrancas. Para nosotros no había clubes ni bibliotecas, ningún lugar de distracción organizado.⁴²

De esa manera, y en especial en las “provincias”, la política podía equipararse con formas ligeras de diversión, como el “juego de baraja”, en tanto

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Citado en Losada, Leandro, “Oligarquía, aristocracia y nación. La Argentina de los años treinta según Marcelo T. de Alvear”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 44, 2016, p. 126.

⁴¹ *La Democracia*, Baradero, 16 de marzo de 1941, p. 5.

⁴² Peter, José, *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968, p. 44.

maneras alternadas de “matar el tiempo”. Con este diálogo Gálvez describiría esa equivalencia desde la narrativa ficcional:

—¿Qué les ha parecido [el discurso político]? —preguntó Palmarín acercándose a sus amigos.

Quiroga y Solís le felicitaron por el discurso. Él dijo que se dejaran de “macanear”. Todo no era sino por matar el tiempo.

—Ahí tiene usted —exclamó Araujo— el supremo ideal de estos pueblos: matar el tiempo. Aquí se hace todo, hasta los hijos, por matar el tiempo.

—Puede ser un gran impulsor de energías ese ideal —dijo Quiroga.

—No, porque todos eligen el modo más fácil de matarlo, que es jugar a la baraja o hablar de política.

En la confitería se comentó inagotablemente la manifestación.⁴³

Cabe señalar, entonces, que las relaciones entre frivolidad y política no pueden establecerse de manera cerrada y previsible. Precisamente porque la opacidad de su estatuto permite abrir una nueva modulación en cada ocasión que estos planetas buscan atraerse o repelerse, en un movimiento en el que la ambigüedad de la relación misma parecería catalizar su eficacia para los actores históricos que quedan atrapados en esas gravitaciones. Entonces ¿por qué aún hoy la interrelación de estas esferas es considerada —a menudo— particularmente contraproducente?⁴⁴

Para entender esta tensión, antes de comenzar el análisis epocal sobre el que hemos concentrado la mayor cantidad de remisiones, procuraremos dar un rápido vistazo al proceso histórico que hizo posible las gravitaciones entre estas dos esferas que, llamadas a no convivir en los preceptos escritos en el papel por algunos filósofos y moralistas, se toparon —sin embargo— con no poca asiduidad en la Argentina de la primera mitad del siglo xx.

⁴³ Gálvez, Manuel, *La Maestra Normal*, Buenos Aires, Patria, 1921, p. 217.

⁴⁴ Podríamos citar la opinión del exsecretario de Cultura de la Nación, Julio Bárbaro, que no deja de ser interesante, por su particular delimitación entre temas frívolos e inútiles para la política y temas de “interés”, aunque ambas referencias podrían ser incluidas dentro de un mismo espacio destinado al esparcimiento: “La frivolidad de [Mauricio] Macri no es menor que la frivolidad de Alberto [Fernández], los conozco a los dos y tengo horas de diálogo con ambos. No podría hablar de literatura con ninguno de los dos, ni de cine, digamos podría hablar de fútbol”. Curiosamente, Bárbaro, después, señalaría que “la Inglaterra de [Winston] Churchill dio a ese estúpido de Boris Johnson”, quien —sin embargo— ha demostrado ser capaz de, entre otras cosas, recitar de memoria en entrevistas las primeras líneas de la *Iliada* de Homero en griego antiguo y con quien ciertamente se puede “hablar de literatura”. Entrevista a Julio Bárbaro del 23 de agosto de 2021 en diario *Perfil*. Disponible en <<https://bit.ly/374dlyx>>.

El término francés “*frivole*”, en tanto adjetivo de “vano y ligero, que no tiene ninguna solidez” ya figura en la primera edición del diccionario de la Academia Francesa de Jean Baptiste Coignard del año 1694.⁴⁵ Su uso en forma de sustantivo —“*frivolité*”— posee incluso antecedentes previos a dicha mención, a partir del paso al romance de la correspondiente palabra en idioma latín.⁴⁶

Aunque su significado para los romanos era muy similar al que luego adoptarían las lenguas romances, su origen resulta interesante con respecto a ulteriores observaciones que haremos en la conclusión, ya que según definía Festo, “*frivola*” significaba una porción de vasijas rotas, y por lo tanto, la condición frívola se relacionaba inauguralmente con la colección de fragmentos “sin cohesión, sin conjunto, sin unidad”.⁴⁷ Ese carácter antagónico a la pretensión de totalidad no se nos debería pasar por alto, al atender las relaciones que la disposición frívola emprende frente a una esfera de tendencia aglutinadora y de mecánica expansiva como es la política.

⁴⁵ Coignard, Jean Baptiste, *Le Dictionnaire de l'academie françoise*, Paris, 1694, p. 495.

⁴⁶ Resulta así, interesante comprobar que el primer uso detectable de la palabra, en la amplísima base de datos del servidor *Gallica* de la Biblioteca Nacional de Francia, se remonta al año 1673, en una traducción al francés del *Examen de la verdad en respuesta a los tratados de los derechos de la reyna christianissima sobre varios estados de la Monarchia de España* de Pedro González de Salcedo (Madrid, 1670, disponible en el e-Archivo de la Universidad Carlos III). Al no existir en el original español la palabra “frivolidad”, no parece menor tener en cuenta que la palabra *frivolité* (p. 192 de la edición francesa) se usaría en la traducción como supletoria del concepto de “poco fundamento” (para describir “las pretensiones del Rey Christianissimo [Luis XIV] por la persona de su Esposa [María Teresa de Austria]”), según se ve en la página 205 del original español. Si por un lado cabe marcar cómo desde su origen, la palabra supone un tono despectivo, como algo alejado de la razón y, en última instancia, errado; no deja de ser interesante también que su utilización se dé en el interior de un libro de intenciones claramente “políticas”, como es el de González de Salcedo, surgido en respuesta a la invasión de los Países Bajos “españoles” por parte de Luis XIV en 1667. El llamado “Rey Sol” amparado en el “derecho de devolución” que se reclamaba para María Teresa —al morir Felipe IV, rey de España y padre de esta— sostendría que dicho territorio debía retornar a su dominio y no continuar bajo la monarquía española, heredada por Carlos II. Esto se debe a que este último era hijo de segundas nupcias, y por lo tanto, nacido con posterioridad a la posesión heredada por su padre Felipe IV de los mencionados territorios (al volver en 1621 a la corona española por morir sin descendencia el archiduque Alberto y en 1633 fallecer su esposa, Isabel Clara Eugenia), en momentos en que estaba casado con Isabel de Borbón, madre de María Teresa e hija de Enrique IV de Francia. Las consultas digitales de los libros mencionados, realizadas el 4 de agosto de 2021.

⁴⁷ Véase Barcia, Roque, *Primer diccionario general etimológico de la lengua española*, Barcelona, F. Seix, 1880-1883, t. 2, p. 848. Copia digital consultada en la Biblioteca Virtual de Defensa, el 5 de agosto de 2021.

Sin embargo, más allá de la atención que podamos brindar a esos antecedentes, la historia de la palabra “frivolidad” presenta en una de sus definiciones, una de importancia determinante para el interés de nuestra investigación y cuyo sentido se confrontará a lo largo del libro. Es la que daría acerca de ella, a fines del siglo XVIII, Jean François de Saint-Lambert, en la descripción que realizara en carácter de colaborador de la célebre *Encyclopédie* de Diderot y D’Alembert.

En la entrada a la mencionada palabra, que no se contentaba con la escueta forma del diccionario, Saint-Lambert advertía en sus disquisiciones que: “los hombres son *frivolos* cuando se ocupan seriamente de los objetos frívolos”. Estos últimos adquirirían esa condición cuando no tenían “necesariamente relación con nuestra felicidad y la perfección de nuestro ser”. Se era frívolo, también, cuando se trataba “ligeramente los objetos serios”. El “remedio” que ofrecía Saint-Lambert a las personas “frívolas” era precisamente el “estudio de sus deberes como hombres y como ciudadanos”.⁴⁸

De esta manera, y a partir de estas contraposiciones, si como operaba desde la tradición romana, el “buen” ciudadano –el *civis optimus*– era también el “hombre político ideal”,⁴⁹ cabe resumir que “frivolidad” y “política” se presentaban a los ojos del pensamiento contemporáneo naciente, como términos antitéticos.

Desde otro ángulo, aunque manteniendo la polarización de dichas esferas, otro aún más célebre filósofo “ilustrado” consideraba –sin embargo– que la frivolidad podía suponer una condición positiva, en su capacidad de “cortar” el exceso de politización y gravedad en nuestras vidas. Como le hizo notar Voltaire a Madame du Duffand: “Si la naturaleza no nos hubiera hecho un poco frívolos, seríamos muy desdichados. Es porque se es frívolo que la mayoría de las personas no se ahorcan”.⁵⁰ Aunque la mirada cambiaba, la idea de incompatibilidad entre gravedad y liviandad perduraba.

Con todo, esa necesidad de alternancia pregonada por Voltaire produciría que –a pesar del “giro” despectivo sobre la “frivolidad” dado en la *Encyclopédie*–⁵¹ ambas instancias finalmente pudieran, en ocasiones, convi-

⁴⁸ Saint-Lambert, Jean François, “Frivole”, en Diderot, Denis y Jean Le Rond D’Alembert, *Encyclopédie ou discours raisonné des sciences, des arts et des métiers*, t. 7, París, 1757, p. 311b. Versión facsimilar digitalizada en <<https://bit.ly/3Lz2u49>>, consultada el 25 de junio de 2021.

⁴⁹ Nicolet, Claudio, “El ciudadano y el político”, en Giardina, Andrea (ed.), *El hombre romano*, Madrid, Alianza, 1991, p. 63.

⁵⁰ Carta de Voltaire a Madame la marquise du Deffand (12 de septiembre de 1760), en M. de Lescure (pról. y estudio), *Correspondance complète de la Marquise du Deffand avec ses amis*, París, Plon, 1865, t. 1, p. 270.

⁵¹ Podemos hablar de dicho “giro”, teniendo en cuenta la preexistencia de miradas celebratorias de la frivolidad, casi como un constituyente distintivo de la identidad francesa.

vir, sin establecer necesariamente, entre ellas, solución de continuidad en el espacio social.

De esta manera, ya el siglo XVIII mismo ha podido ser reconocido como un espacio prolífico para el desarrollo de ambas sensibilidades, la frívola y la militante. Todavía hoy, al menos para Francia, en la consideración pública sobre esa época: “la notoriedad de las amantes de Luis XV permanece, según el punto de vista común, de forma casi tan potente que aquella dada por la Declaración de los Derechos del Hombre”.⁵²

Así, dentro de la mencionada disyunción conceptual planteada en sus orígenes “ilustrados”, los individuos del siglo XIX –como reclamantes herederos de aquella tradición– experimentarían en sus prácticas concretas la estructuración de los mencionados espacios de manera mucho menos tajante, reponiendo recurrentemente el carácter algo más ambiguo de esa relación.

En esos ámbitos de convivencia, el lugar asignado a la diversión,⁵³ y a la frivolidad, podía ser –literalmente– el mismo que el de los acuerdos y de las discusiones en las tomas de decisión política. Recordemos cómo, durante el baile del Hotel de Retz imaginado en *Rojo y Negro*, los asistentes discutirían, casi en simultáneo, tanto la *expertise* de los danzantes como el posicionamiento político-filosófico de Jean Jacques Rousseau. Sobre el que el personaje de Sorel sostendría que no era más que “un necio cuando se mete a juzgar al gran mundo”, y que “no lo comprendía, y reaccionaba igual que un lacayo nuevo rico”.⁵⁴ Luego de ser interrumpido por Mathilde, que por el contrario expresaba su veneración por el filósofo, Julien –para interés de la temática que aquí desarrollamos– concluía: “Con tanto predicar la monarquía, y el derrocamiento de los dignatarios monárquicos, este arribista se vuelve loco de alegría si un duque cambia el recorrido de su paseo después de comer por acompañar a uno de sus amigos”.⁵⁵

Esa situación imaginada en la novela –en la que frivolidad, filosofía, amor y política se interconectaban constantemente– se encontraba, por otro lado, en una línea ya prevista por el propio Montesquieu, al afirmar que era precisamente el anhelado ambiente “civilizatorio” el que permitía que la

Solamente siete años antes de publicada la definición enciclopédica, Boudier de Villemert escribía su *Apologie de la frivolité. Lettre à un anglais* (París, Prault pere, 1750).

⁵² Marasescu Galleron, Iona, “La frivolité dans la littérature de la premier moitié du XVIII siècle”, tesis doctoral, París IV, 2000, p. 5.

⁵³ Interesantemente, y volviendo a la *Encyclopédie*, en la entrada “Divertissement”, escrita por Louis de Jaucourt, se citaría la opinión censora contemporánea de las diversiones francesas por parte de una “peruana”, que definiría los “juegos insípidos” y la conversación “tan frívola y repetida que se parece más que nada al gorjeo de las aves”. Disponible en <<https://bit.ly/37PXsBK>>.

⁵⁴ Stendhal, *Rojo y Negro*, Buenos Aires, Planeta, 2001 [1830], p. 309.

⁵⁵ *Ibid.*

sociedad pudiera hacer “las cosas frívolas de manera seria, y alegremente las cosas serias”.⁵⁶

Dicha convivencia y mezcla de sentidos puede acreditarse no solamente para el caso francés, como puede verse a través de la mencionada escena stendhaliana, sino también para Hispanoamérica, en donde –según señalara González Bernaldo de Quirós– ya en los comienzos mismos de los estados independientes “los banquetes y bailes permit[ían], al mismo tiempo, instaurar la civilidad como fundamento del lazo social”.⁵⁷

La convivencia de ambas esferas, repelidas en ocasiones en lo conceptual, y a la vez tentadas a ser mixturadas en la práctica, provocaría dinámicas crecientemente complejas en las que a medida que se radicalizaban las demandas por el compromiso cívico y político, las formas de solicitarlo tenían que ligarse a formatos de “seducción” en apariencia desligados de dicho contenido.

Esta cuestión motorizaría en las revistas sudamericanas de la primera mitad del siglo XIX, ciertas estrategias de convencimiento que Hernán Pas ha definido –de forma tan reveladora– como “usos de lo frívolo”, mediante los que se intentaba “transmitir valores que algunos artículos más decididamente políticos no podían asumir”.⁵⁸ Bajo dicha perspectiva, la inteligencia y la frivolidad no se presentaban como factores contrapuestos, sino en convergencia y en retroalimentación. Por ello, desde la revista *El Talismán*, por ejemplo, podía leerse en uno de sus números del año 1840 que “la civilización tiene lugar para todas las cosas, y cuanto más desenvuelta es, mayor es el número de cosas frívolas que abraza”.⁵⁹ Para corroborar esa definición, se aludía –como epítome de la cuestión– el caso de la capital francesa: ¡en el gran París, en el sabio París, se escriben más de diez periódicos para tratar de los cambios que ha sufrido, en la última semana, el ala de sombrero [...]. Nada es frívolo para el hombre culto, porque sabe que hasta la frivolidad misma es una necesidad de la vida”.⁶⁰

De esa “frivolidad calculada”, como sabemos, también participaría Juan Bautista Alberdi a través de sus artículos en *La Moda*.⁶¹ Bajo esas interven-

⁵⁶ Montesquieu [Charles-Louis de Secondat], *De l'esprit des lois*, Libros I-V, París, Delagrave, 1892 [1748], p. 274.

⁵⁷ González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 335. Esta característica no puede reducirse únicamente al espacio hispanoamericano, baste recordar el apartado denominado “El Baile”, del ya citado *Rojo y negro* de Stendhal, siguiente al que detallamos en la nota anterior (pp. 315-324), en el que se destaca magistralmente dicha convivencia de sentidos, aunque siempre –también– en tensión.

⁵⁸ Pas, Hernán, “Frivolidad y seducción. Las formas de lo banal en la prensa periódica sudamericana de la primera mitad del siglo XIX”, *Mapocho*, N° 68, 2010, p. 156.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 157.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 157 y 158.

⁶¹ Zubiaur, Matías, “La frivolidad calculada: La Moda, gacetín semanal”, ponencia a las

ciones que –solamente a simple vista– podrían aparecer curiosas o “fuera de lugar”,⁶² se provocaría una situación tal que hacía posible que “en la lucha entre Rosas y sus opositores, la moda como expresión de pertenencia social tendiera a politizarse”.⁶³

Estas estrategias de la prensa no dejaban de convivir con otras que precisamente encontraban en lo frívolo una forma de evitar –a la Voltaire– la “excesiva” politización de las sociedades posindependentistas. En ese contrabalanceo de perspectivas, la revista *El Entreacto* se presentaba al público –tres años después de lo citado en *El Talismán*– como una publicación dedicada a “música, literatura, modas, costumbres, biografías de artistas y novedades”, ya que “en las visitas, en las tertulias, en las comidas, en los paseos, en el teatro, la política domina despóticamente, aridece las conversaciones, hace bostezar a las damas y altera los ánimos de todos”.⁶⁴

Según vemos, precedida por dos largos siglos de intercambio, la reflexión sobre la “frivolidad” y su conflictiva –pero estimulante– relación con la política resultaba ya para la primera mitad del siglo XX, una temática ampliamente transitada. A partir del capítulo siguiente intentaremos analizar cómo se pensaron ambas esferas en el período en que centramos nuestro análisis.

XXVIII Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana, Buenos Aires, 2016.

⁶² Decimos “a simple vista”, porque como ha señalado Schwarz, la “dislocación” de una idea depende de la perspectiva que se tome para indagarla. Luego de una reconsideración precisa que explica contextualmente dicha idea, esta pasa a ocupar un espacio que nunca puede estar “fuera de lugar”, al menos en su sentido analítico, porque el propio autor se ocupó de ubicarla y explicarla dentro de ese espacio. Así, dice Roberto Schwarz (en “Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después”, *Políticas de la memoria*, N° 10/11/12, 2009-2011, p. 25): “Las ideas funcionan diferente según las circunstancias. Aun aquellas que parecen más dislocadas, no dejan de estar en su lugar si se toma otro punto de vista. Digamos entonces que el título en este caso pretendió registrar una impresión, de las más difundidas en el país y tal vez en el continente –la impresión de que nuestras ideas, en particular las ideas adelantadas, no corresponden a la realidad local–, pero de ningún modo expresaba la opinión del autor”. Pas y Zubiaur, al analizar de qué manera funcionaba, en el marco de sociedades fuertemente conflictivas, la idea de “frivolidad”, le otorgan un lugar en la explicación, consideran las razones de aquellos que la sostenían y de quienes la refutaban, y la incorporan al contexto, en el que solamente una mirada prevenida por una generalización histórica esquemática del período podría considerarla impropia *per se*.

⁶³ Myers, Jorge, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860”, en Devoto, Fernando y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999, t. 1, p. 144.

⁶⁴ Citado en Rodríguez Lehmann, Cecilia, “La ciudad letrada en el mundo de lo banal. Las crónicas de moda en los inicios de la formación nacional”, *Estudios*, vol. 16, N° 32, julio-diciembre de 2008, p. 220.